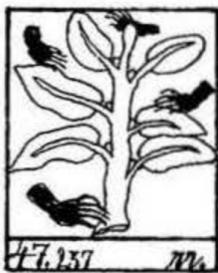


nal de la región antioqueña hacia los territorios próximos situados al sur y al suroeste del país. Surgen así Manizales y otros asentamientos que formaron parte del viejo Caldas antes de la posterior división política de este territorio. Se describe también aquí el proceso colonizador seguido en el norte del Valle del Cauca y en las regiones del Tolima hasta donde ese proceso se extendió. El empuje que toma entonces el proceso colonizador antioqueño no se detiene allí, pues, como anota Parsons, su influjo logró extenderse hasta el sur del país (Cauca, Nariño y Huila), aunque ya en estas regiones la influencia antioqueña no fue tan decisiva como en el viejo Caldas, Valle del Cauca y Tolima.



Esta visión exhaustiva del fenómeno colonizador antioqueño pone de presente también los efectos posteriores del mismo sobre el ecosistema, los cuales fueron de grandes proporciones en cuanto a la tala masiva de árboles. La rica y selvática región del Quindío fue el mejor ejemplo del severo (¿e inevitable?) proceso de deforestación. Junto con él se dio igualmente una destrucción masiva del patrimonio cultural indígena de la región. Como lo habían hecho en su tierra, los "guaqueros" antioqueños, en busca del oro, produjeron en este sentido un gran daño allí. Desde el capítulo VII el libro ofrece un estudio sociopolítico de los efectos generados por la colonización, tanto en Antioquia como en el resto del país.

Es, pues, un trabajo histórico y científico que desde su ya lejana aparición continúa situándose como una valiosa obra de consulta que ha dado pie a otros investigadores para trabajos de temática similar. Una valiosa obra de consul-

ta que entronca con las más diversas disciplinas, tanto en el área científica en general, como en lo histórico en particular. Tal vez su mayor mérito haya sido haber hecho claridad sobre el tema de la colonización antioqueña, el cual ha sido interpretado siempre con base en la leyenda, más que en los criterios de objetividad histórica y científica que un episodio tan importante para la historia nacional reclama. Esta cuarta edición, que ofrece ahora el Banco de la República, es el mejor reconocimiento a su permanente vigencia.

ELKIN GÓMEZ

Primer Congreso Nacional de Literatura

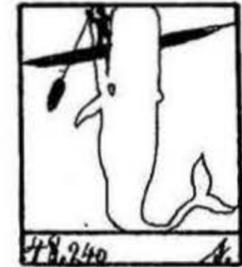
Palabras del vicepresidente de la República, Gustavo Bell Lemus, en la inauguración del Primer Congreso Nacional de Literatura en la ciudad de Medellín

A primera vista no parece muy apropiado que alguien como yo, que ejerce funciones públicas, esté aquí en plan de instalar un congreso de literatura.

En verdad, en nuestro mundo actual, la poesía, la narrativa y el ensayo tienen un papel de crítica insobornable del *statu quo*, una vocación íntima de no condescender al orden que impone la realidad, ni mucho menos a las jerarquías de poder que la sociedad se ve obligada a adoptar para intentar una sobrevivencia a veces injusta, a veces al servicio de un orden de valores, que no es el mismo que aparece en la imaginación o en la insobornable especulación solitaria. Bien lo dijo Papini, en afortunada síntesis de lo que ahora quiero expresar: "Sea cual fuere el gobierno del mundo, yo siempre estaré en la oposición".

Ahora bien, no siempre fue así. Hubo momentos de literatura cortesana, palaciega, construida, a veces hasta magistralmente, para complacer a quien tenía la ingrata y, en ocasiones, concupiscente tarea de ejercer el poder. Y en nuestro torturado país también se dio

el caso de quienes treparon a las altas dignidades del Estado por una escalera de alejandrinos pareados, como lo dijo Alberto Lleras.

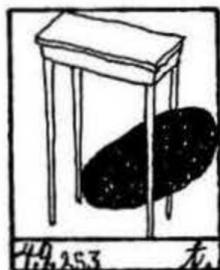


Pero no todo tiempo pasado fue mejor. De sociedades convocadas al orden por el unanimismo de las opiniones convertidas en dogmas, hemos pasado, al menos en nuestros feraces territorios latinoamericanos, a un pluralismo enriquecedor, a una capacidad de divergencia que, cuando es alimentada por el talento creador, le confiere al grupo una dinámica de crecimiento espiritual que no sería posible de ninguna otra manera. Es entonces cuando nos hallamos enfrentados a una antinomia que, por un lado, presenta la vana ilusión de lo unívoco y el frustrado intento de interpretar linealmente la realidad a través de la ley y de los lenguajes oficiales y, por el otro lado, como el ojo de los insectos, descubre los mil matices del mundo, la polisemia de situaciones y fenómenos, incorpora la imaginación humana como una fuente de sabiduría y explora las cimas y profundidades del alma humana en toda su complejidad, en su íntima y muy honda simpleza y en esas intangibles necesidades insatisfechas del individuo que siempre se reflejarán en la vida social.

Quisiera pedir licencia a ustedes, profesores y novelistas, críticos y poetas, para hablar en primera persona, no con el propósito de mostrar lo excepcional, —este no es mi caso— sino para dar un testimonio íntimo que considero verdadero de mi vida y válido para muchas vidas de mis amigos y de mis compañeros de generación.

Durante la mayor parte de mi existencia he sido un estudiante, en épocas

algo remotas de derecho y economía y, más recientemente, sin abandonar esas disciplinas que de algún modo han sido mi bachillerato de adulto, he sido un alumno de historia. También, como muchos de ustedes, la mayor parte de mis años de trabajador han transcurrido tragando polvo de tiza y gastando mi garganta como profesor en las aulas universitarias. Pero gracias a algunos amigos y gracias a ciertos profesores, desde muy temprano muchas horas que en la universidad debían haber sido dedicadas al estudio del derecho romano, de las obligaciones o del acto jurídico me fueron robadas por la pasión de la lectura de ficción y de ensayos y por otra pasión, más secreta y más agradecida —como también más iluminadora—, la ardua e inagotable pasión por la poesía. Hoy recuerdo con mucha satisfacción, tengo que confesarlo, y por supuesto con mucha gratitud, haber leído *Crimen y Castigo*, *Resurrección* y los *Viajes de Gulliver*, cuando de acuerdo con las exigencias académicas de mi facultad debía estar concentrado en Hans Kelsen y en un tal Eugene Petit.



Y esta afición, que con algo de tino preocupaban al cura y al barbero de un lugar de La Mancha, me ha regalado muchas compensaciones, comenzando por el solaz de ciertas lecturas inolvidables, cuando la sonrisa no afloraba en mi cuerpo sino que se mantenía invisible y presente como sonrisa mental de quien descubre continentes enteros. Siempre agradeceré a la vida el innarrable placer de gozar las narraciones de Borges, el don de haber disfrutado de *Rayuela*, de *El perseguidor* y de todos los cuentos de Cortázar, la bendición de tener acceso a la ficción de García Márquez —que no de García

Maynez— que de tantas maneras me ha gratificado.

No se queda allí en el inagotable placer de la imaginación, todo lo que, como individuo, como estudiante o maestro me ha dado la literatura. Hay algo mucho más duradero y profundo, que le agradezco. Ante todo, que la lectura de poesía y de ficción me ha ayudado a conocer mi intimidad, que es lo mismo que decir que me han enseñado a conocer mis limitaciones, y a no tomarme a mí mismo con la tiesa solemnidad de quien no tiene contacto con el mundo de la imaginación.

Además, frente a la rigidez de los esquemas del análisis jurídico, frente a la unidimensionalidad de las ciencias sociales, que pretenden codificar la realidad humana con sus categorías inventadas, en un siempre vano intento de esclarecer la condición humana, aún frente a la impotente ambición de la historia que quiere o pretende totalizar lo que fuimos, estarán siempre la loca de la casa, la imaginación, y la hondura —a veces escalofriante— de la poesía, diciéndonos esa dimensión intangible del hombre, señalando los conflictos que la historia elude y que no están al alcance de otros lenguajes.

Porque, más allá de la rigidez de los lenguajes, destrozando y reinventando las retóricas de la política o de la crítica social de laboratorio, estará siempre la poesía revelándonos las riquezas y miserias del alma humana, los intersticios de la intimidad, la desnuda, la inesperada, la siempre respetable existencia del otro.

Sin solución de continuidad me permito transformar en confesión este testimonio. De las aulas y de mi silencioso taller de investigador, la vida me ha llamado a destinos públicos, primero como gobernador de mi departamento y luego a este destino virtual de vicepresidente. Mi confesión consiste en contarles, que es en estas circunstancias cuando con más fe y más pasión he ejercido mi afición a la lectura: como placer y como vacuna, como advertencia sobre la precariedad del destino y como lección inacabada sobre la existencia del otro, del prójimo, con toda su riqueza y toda su complejidad. Y, también por aquél motivo que con tanta lucidez expresó Nietzsche: “poseemos

el arte, porque de lo contrario pareceríamos a manos de la verdad”.

Celebro que este congreso se realice en Antioquia, en la capital de un departamento que ha contribuido de manera tan fundamental a la conformación del corpus más básico de la literatura colombiana, comenzando por esa llama al viento que aún nos ilumina, Porfirio Barba Jacob, y por Tomás Carrasquilla, epítome de la narrativa que entretiene y que también entrega las claves para entender aquello que no nos proporcionan la historia o la crítica, la intimidad de una sociedad, su carácter más definitorio, sus móviles más indiscifrables, su manera de ser. Del mismo modo que, despiadadamente lo ha hecho más recientemente Fernando Vallejo.



Está la pequeña patria de voces que nos alumbran, como León de Greiff, Manuel Mejía Vallejo, Rogelio Echavarría, Mario Rivero, Arturo Echeverri Mejía, Jaime Jaramillo Escobar, José Manuel Arango, Elkin Restrepo, Juan Manuel Roca, Darío Jaramillo Agudelo, Víctor Gaviria, Héctor Abad Faciolince... Aquí la palabra ha sido instrumento de exploración de la intimidad, estilete para penetrar con ojo crítico en los lados ocultos de la vida en sociedad... Aquí se ha acumulado, en este entrañable arte del verbo, la materia prima del conocimiento íntimo de esta sociedad, su más entrañable principio creador que permite hallar los caminos que le den la posibilidad a los antioqueños de seguir reinventándose, y con ello renovar sus aportes al país.

Qué bueno que los colombianos aún podamos hablar de literatura y de poesía en medio de los avatares y de las vicisitudes que a diario amenazan con agobiarnos. Es ese empuje vital de crea-

tividad, que brota casi silvestre hasta en los lugares más apartados de los centros urbanos, el que nos mantiene ape- gados tercamente a la esperanza de un mañana mejor para nuestros hijos y nie- tos. Qué alentador poder convocar en esta ciudad, donde ayer no más muchas ondas explosivas perturbaban los reci- tales de poesías, a quienes como uste- des trabajan en silencio para que noso- tros los mortales los leamos en silencio.



No quiero terminar, lo que no dejaré de considerar como una cierta intro- misión en sus propios asuntos internos, sin traer a colación una vez más aque- llos viejos temores sobre las implica- ciones que sobre el arte y la creatividad puede llegar a tener el Estado cuando pretende invadir territorios que le de- ben ser vedados por principio. Les pa- recerá hasta contradictorio que en mi calidad de funcionario público lo reite- re, pero es que gracias a ustedes no he dejado de ser, ni dejaré de serlo, un lec- tor irredimible y por lo tanto situado en la orilla de quienes exigimos siempre calidad en lo que leemos. Me voy a permitir entonces, citar a alguien que fue el vivo ejemplo de quien siempre sospechó del Estado en sus relaciones con la literatura, para advertirlos sobre los riesgos que existen cuando entra- mos a aquellos territorios. Decía Hernando Téllez: "Pero la verdad es que ni con la ayuda oficial, ni con la ayuda privada, ni con el patronato de los Leones, de los Tigres o de los Rotarios, de las Naciones Unidas o del Punto IV, de la Sociedad de Amor a Bogotá o de la Sociedad de Amor a la Humanidad, ninguna literatura, ningún arte nacional, departamental, munici- pal o de barrio, consigue ser mejor de lo que es... La literatura colombiana es lo que es, y no será más de lo que es

sino por cuenta exclusiva de sus escri- tores y artistas. Buenos o malos, me- diocres o pésimos, a ellos y solamente a ellos corresponde, si pueden, mejo- rarla o empeorarla..."

En otras palabras "La literatura, el arte todo, es una cosa demasiado seria para dejársela hacer a los organismos del Estado".

Muchas gracias.

Medellín, 30 de septiembre de 1998.

Memorando dirigido a los talleristas del taller de poesía de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín

1. La poesía actual se considera libre porque no sigue normas: es de libre invención. Cada quien hace lo que quiera, a condición de ser genial.
2. Las teorías literarias sirven como información, mas no para ser se- guidas o imitadas, porque todas son falsedades del pasado. Toda imitación es pobre. Todo seguidor carece de originalidad y talento. Las teorías no son anteriores a las obras. Son posteriores: se deducen de ellas.
3. Para leer con buen provecho la poesía en español escrita con el procedimiento de métrica, y rima (cinco siglos), es necesario cono- cer la preceptiva literaria.
4. Las llamadas vanguardias litera- rias en Europa y América com- prenden un período aproximado de 50 años desde finales del siglo XIX. La revolución vanguardista tiene origen en los pintores, no en los escritores. La última vanguar- dia en Colombia es el nadaísmo. Los hallazgos de las vanguardias enriquecen los modos expresivos. Continuarlas o imitarlas es perma- necer en el pasado. El surrealismo sigue siendo un recurso de los medios audiovisuales, pero el surrealismo no es vanguardia. El surrealismo, como lo abstracto en arte, existe desde siempre. Sólo las

palabras que los designan se acu- ñaron en este siglo. Las denomi- naciones en arte son caprichosas y publicitarias. Por tanto, no son verdades. El texto poético puede ser escrito en prosa, o en cualquie- ra de las variedades del verso. Cuando la poesía se transforma, expresándose por medios no escri- tos, deja de ser poesía y se asimila al medio en el cual se convierte: diseño gráfico, dibujo, colage, fo- tografía, sonido, cinematografía y demás experimentos. La poesía experimental deriva hacia otras artes, o medios de comunicación. La poesía está en todo, pero no todo es poesía. Los géneros litera- rios han borrado sus fronteras, con lo cual desaparecen. Virginia Woolf considera que existe un sólo género literario, que es la poesía. Este concepto trascendental sus- tenta la idea de poesía por encima del poema (y del poeta), o sea de la escritura. Quiere decir que el poeta ha sido un oficiante de la poesía, pero que los sacerdotes fastidian a los dioses.

5. La poesía se ha expresado siem- pre por mano de los poetas. Al sur- gir otros medios, adquiere una ex- presión más amplia, pero deja de ser la poesía. Se entiende por poe- sía únicamente la poesía escrita, porque la palabra es su expresión. Lo demás resulta otra cosa. Si se mezclan fragmentos de poesía con dibujos, cada cosa se aprecia por separado. Nunca se integran, aun- que se correspondan.



6. La libertad en las artes es relativa, como en todo. La obra de arte más original es siempre deudora de la tradición. "Ruptura" en artes no es